

Étienne-Louis Geoffroy (1725-1810) fue un médico y naturalista francés, nacido en París en el seno de una familia adinerada interesada por la medicina y las ciencias naturales. Su padre, también médico y naturalista, había sido embajador francés en Londres y admitido como miembro de la Royal Society.

En el año 1748 se doctoró en Medicina y a partir de entonces se dedicó al ejercicio de su profesión y al estudio de las Ciencias Naturales. Durante cuarenta años fue considerado como uno de los médicos con más renombre de París y en los años de la Revolución Francesa tuvo que retirarse a provincias, a la ciudad de Chartreuse, pues había perdido muchos de sus clientes, personajes nobles que tuvieron que emigrar para salvar la vida, o que la perdieron durante el tiempo del Terror.

Aparte de distintas obras médicas y también zoológicas, como *Traité sommaire des cocquilles, tant fluviales que terrestres, qui se trouvent aux environs de Paris*, publicado en 1767 (Tratado sobre los moluscos fluviales y terrestres que se encuentran en los alrededores de París), *Dissertation sur l'organe de l'ouïe de l'homme, des reptiles et des poissons*, publicado en 1778 (Disertación sobre el órgano del oído del hombre, de los reptiles y de los peces), fue autor de una obra entomológica importante, publicada el año 1792 en dos volúmenes, *Histoire abrégée des insectes des environs de Paris, dans laquelle ces animaux sont rangés suivant un ordre méthodique* (Historia abreviada de los insectos de los alrededores de París, en la cual estos animales son relacionados siguiendo un orden metódico).

La leyenda que encabeza la obra pertenece al poeta romano Publius Vergilius (Geórgicas, IV) y dice así: *Admiranda tibi levium spectacula rerum!* (“como es digna de admiración tu ligereza en los hechos espectaculares!”), probablemente refiriéndose a Dios como creador de estos seres tan pequeños.

En el discurso preliminar de esta obra, Geoffroy dice que “*los insectos son una parte considerable y la más numerosa del reino animal, y no son menos dignos a nuestra mirada y atención. Tan pequeños como parecen a los ojos de un hombre poco instruido, un Filósofo no los considera con menos admiración: su extremada pequeñez, su finura y la delicadeza de sus órganos los hacen ser aún más maravillosos, y me atrevo a decir que de todos los cuerpos naturales, son los menos estudiados. No es que no se hayan examinado los insectos y que no se haya escrito sobre estos animales; pero todo lo que leemos sobre este tema falla por un defecto de orden y método, y solo se hace referencia a algunas especies entre el número inmenso que contiene esta clase*”.